

Nicolás Maquiavelo. Una proto-sociología central y visionaria: *El Príncipe* sociólogo, artesano del Estado-Nación

Nicolas Machiavelli. A Central and Visionary Proto-Sociology: The Prince Sociologist, Artisan of the Nation-State

PIERRE TRIPIER*

Fecha de recepción: 10/06/2017 Fecha de aceptación: 10/10/2017

El artículo presenta el fruto de un análisis detallado de la obra de Maquiavelo y acepta el riesgo de mostrar una faceta nueva de la obra de un autor multicitado y analizado desde muy diversos ángulos. El argumento central es que Maquiavelo desarrolló a principios del siglo XVI una pro-sociología pragmática mediante la cual invita a los poderosos a actuar como sociólogos a fin de poder gobernar adecuadamente a sus pueblos. Para lograr fundamentar esta invitación, el autor echa mano del análisis histórico y de las estrategias de la guerra.

Palabras clave: Maquiavelo, estrategias de guerra, análisis histórico, gobierno

Analyzing the work of Machiavelli, this article aims to show a new dimension of this multicitated and multifaceted author. We argue that, since the beginning of the XIV century, Machiavelli developed a kind of pragmatic proto-sociology conceived as a tool for politicians. Using the methods of historical analysis and the study of war strategies, the Machiavelli invited ruling classes to design governments according to the people's needs. In these terms, Machiavelli might be deemed as social scientists while he will continue being the prototype of an adviser of the Prince.

Key words: Machiavelli, war strategies, historical analysis, government

* Profesor emérito. Universidad de Versailles. Este artículo fue traducido del francés al español y revisado por Natalia La Valle Torres. Posteriormente editado para su publicación en *CONfines* por Víctor Zúñiga. En relación a las citas textuales de las obras de Maquiavelo, se buscó remitirse a las obras ya traducidas al español. En caso de no tenerlas disponibles, Natalia La Valle o Víctor Zúñiga llevaron a cabo traducciones libres.

Es preciso mucho valor, en efecto, para afrontar tal hombre y tal obra, una de las que más tonterías han sugerido a aficionados y profesionales.
(Lucien Febvre, 1985, p. 112)

Se precisa verdaderamente mucho valor para afrontar la obra del autor del *Príncipe* –que algunos consideran escandalosa– y, *a fortiori*, cuando sabemos que se corre el riesgo de agregar más necesidades a las ya publicadas. También es indudable que se requiere audacia para hacer de Maquiavelo un protosociólogo. Sus más célebres textos son una guía para nuevos príncipes, un tratado sobre el arte de la guerra y, por último, un paralelo entre la república romana antigua y la situación de Italia en los siglos XV y XVI. El florentino articula arte de gobierno y arte de la guerra condimentando el todo con poesía, obras de teatro y algunas cartas escritas a sus amigos. ¿Cómo podríamos ver en estos elementos heterogéneos la premisa, el anuncio, del nacimiento de la disciplina que aborda los fenómenos sociales? Una primera respuesta consiste en recordar que nuestro autor está arraigado a su sociedad, a su tiempo, a la vez que goza de un agudo sentido histórico y de una muy buena cultura literaria que le permiten comparar presente y pasado a medida que escribe. Maquiavelo juzga el estado de la sociedad italiana no solo a partir de su experiencia como diplomático y como hombre de la corte, sino también de sus entrevistas con compatriotas de diferentes estratos sociales. De este modo, Maquiavelo inaugura una de las muy escasas sociologías que no se satisfacen con hacer el diagnóstico de un fenómeno colectivo, sino que incluso formula recomendaciones. Podemos, sin sonrojarnos, decir que su coraje y su audacia son ingredientes de los que hoy, singularmente, precinden muchos de nuestros condiscípulos.

Sin embargo, la sociología de Maquiavelo sigue siendo parcial, condicionada por los marcos sociales de su tiempo y por su propio deseo de ver libre a su país. Se trata de una protosociología puesto que el autor enfoca su trabajo en los poderosos, el poder y la potencia, y, si bien toma en cuenta a los humildes cuando examina el rol de un príncipe soñado, consagra la mayor parte de sus ejemplos y análisis a la conquista de un poder concebido como una relación entre príncipes, por un lado, y entre el príncipe u otros grandes hombres, y el pueblo, por el otro. Si bien Maquiavelo no emplea los métodos de investigación que serán desarrollados más tarde, en el siglo XVII con Vauban, por ejemplo, y por supuesto en el siglo XIX con Quetelet y Le Play, existe en su obra una auténtica reflexión epistemológica basada en la aplicación del cálculo al análisis de los fenómenos observados.

Nunca he creído en los precursores porque soy un profesor emérito que me he dejado guiar, a lo largo de toda mi vida académica, por Bachelard y Canguilhem. Sin embargo, Maquiavelo establece un elemento teórico fun-

damental para las humanidades cuando plantea que el conocimiento de la historia y de su lógica es el medio necesario para poder actuar sobre dicha lógica y contrarrestar sus efectos no deseados; Marx es uno de sus discípulos. En cierto modo, Maquiavelo funda la posibilidad de una historia científica. Desde esta perspectiva, comparto la posición de Gérard-Varet y Jean-Claude Passeron (1995) para quienes casi nada diferencia, desde un punto de vista epistemológico, lo que ellos llaman las “ciencias históricas”: sociología, historia y antropología. Las tres son ciencias del relato más que del cálculo.

Recordemos que Maquiavelo tiene un objetivo: liberar a su patria de las tropas extranjeras catalizando la energía de los italianos frente a la fuerza de las naciones francesa y española. En este marco se presenta como el médico de su país. Su obra, que pone en perspectiva la situación vivida gracias a comparaciones históricas, es a la vez diagnóstico y andamiaje de soluciones para curar a la sociedad. Maquiavelo piensa, además, que solo un hombre excepcional puede garantizar la cura: un príncipe sociólogo, cincelado por los consejos y análisis del propio Maquiavelo. Pero el autor va más allá: en su tratado *Del arte de la guerra* el florentino hace de Fabrizio Colonna, miembro de una de las más grandes familias de Roma y *Condottiere* (es decir jefe de un ejército de mercenarios), su vocero. En este libro construido como un diálogo platónico, Fabrizio discute cara a cara con diferentes interlocutores, uno a uno en cada capítulo. En lo que aquí nos concierne, me ocuparé del texto original del *Príncipe* y, con el fin de reducir las ocasiones de decir sandeces, me limitaré a fraccionarlo según los temas que considero más apropiados.

Maquiavelo tiene 25 años cuando, en 1494, el rey de Francia invade Italia para hacer valer su derecho dinástico sobre el reino de Nápoles. La Italia puertas adentro estalla, aquella que fuera sellada entre milaneses y venecianos apenas 40 años antes gracias a la Paz de Lodi. Recordemos que dicha unión también está fraguada por combates entre güelfos (partisanos del Papa) y gibelinos (ligados al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico). Al estallar la unión política nacen nuevas configuraciones en la relación entre los diferentes soberanos de la península. Los franceses, que bajaban hacia Nápoles, se detienen a las puertas de Florencia. Pedro II de Medici intenta tratar con Carlos VIII, rey de Francia, pero cierra un acuerdo tan desfavorable para la República de Florencia que el pueblo se rebela, lo destituye y lo reemplaza por un Gran Consejo. En dicho consejo están representados, por vez primera, los artesanos y comerciantes y cualquiera que tuviera derechos ciudadanos. El pueblo, podríamos decir ahora. Todos estos ciudadanos se dejaban subyugar por las prédicas de Fray Savonarola, considerado como un auténtico profeta. Recordemos que Savonarola había anunciado que una catástrofe causada por los pecados de sus conciudadanos y de los príncipes tiranos se abatiría sobre Italia. La llegada de las tropas de Carlos VIII confirmó su profecía.

Los excesos de la práctica religiosa fundamentalista que buscó imponer Savonarola lo volvieron impopular y sus frecuentes embestidas contra el papado llevaron a Alejandro VI (Borgia, padre de César) a sancionarlo con la excomunión. Esto dio lugar a que los enemigos de Savonarola lo presentasen ante la justicia, que terminó condenándolo a la hoguera en 1498.

El año siguiente Nicolás Maquiavelo fue nombrado secretario de la República de Florencia, a los 29 años. Se quedará 13 años en el cargo hasta que, en 1512, el Papa Julio II (Della Rovere), conocido como el “Papa guerrero”, restablece el mando de los Medici sobre Florencia después de haber reducido la potencia de los franceses en la península (gracias a la alianza establecida con austriacos e ingleses). A los 43 años, Maquiavelo se encuentra sin función, pero busca ganarse la confianza de la familia reinante con sus talentos de escritor. Escribe entonces una historia de Florencia, un tratado del arte de la guerra, además de varias obras de teatro, entre las cuales la célebre *Mandrágora*, y dos tratados sobre el arte de gobernar: *El Príncipe* y *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

Estos libros son una reflexión sobre el paralelo entre arte de la guerra y arte de gobierno. La escritura de Maquiavelo se nutre no solo por la ajetreada historia de Florencia y de Italia en el trascurso del siglo precedente, sino también de excelsas y hondas lecturas: historiadores griegos y romanos (a menudo hombres de guerra o de acción política, como él), escritores italianos y filósofos e inclusive teólogos cristianos.

Nos parece que el estudio de la protosociología de Maquiavelo no puede limitarse a las dos obras explícitamente políticas que escribió. Para ser completo el análisis de su sociología, se exige cubrir toda su obra, incluyendo poemas, dramaturgia, arte de la guerra e historia de Florencia, informes sobre el reinado de Francia y el Sacro Imperio Romano Germánico, así como algunas cartas en las que revela el fundamento de su trabajo.

Maquiavelo es hijo espiritual de los historiadores griegos y latinos, inmerso en una realidad en la que las personalidades reinantes tienen una importancia manifiesta. Nuestro autor retoma un relato histórico que arranca con el examen de los dirigentes y sigue con la relación entre estos y los jefes de segundo rango, los Grandes, por un lado, y con el pueblo por el otro. Pero intenta sobre todo definir los principales rasgos de personalidad que los soberanos deberían tener, examinando los casos particulares en función de la situación en la que se encuentran. Cuando intentamos dar cuenta de su obra nos vemos obstinadamente remitidos al contenido del *Príncipe*¹, como si los demás escritos no hicieran sino confortar, de uno u otro modo, y sin agregar más que ilustraciones, esas cien páginas escritas en lengua toscana por un genio de la fórmula, impactante por su densidad y su profundidad.

¹ Respecto al *Príncipe*, algunas de las citas fueron tomadas de la traducción directa del italiano realizada en 1941 y otras de la traducción de 1982. Se precisa en cada ocasión.

Aquí reproducimos el texto que consideramos como el punto de convergencia de las obsesiones de Maquiavelo, la piedra angular de su obra:

Si, como lo he dicho, era necesario que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto, para que el valor de Moisés tuviera la ocasión de manifestarse; que los persas se viesan oprimidos por los medos, para que conociéramos la grandeza de Ciro; que los atenienses estuviesen dispersos, para que Teseo pudiera dar a conocer su superioridad; del mismo modo, para que estuviéramos hoy día en el caso de apreciar todo el valor de un alma italiana, era menester que la Italia se hallara traída al miserable punto en que está ahora; que ella fuera más esclava que lo eran los hebreos, más sujeta que los persas, más dispersa que los atenienses. Era menester que, sin jefe ni estatutos, hubiera sido vencida, despojada, despedazada, conquistada y asolada; en una palabra, que ella hubiera padecido ruinas de todas las especies". (*Príncipe*, 1941, XXVI, p. 125).

El objetivo estratégico del autor es que Italia recupere su soberanía, pero para que esta estrategia triunfe debe germinar y construirse un instrumento esencial: un nuevo príncipe. Es precisamente la substancia del *Príncipe*, mientras que el tratado sobre los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* buscará mostrar de qué manera, en el agitado mundo de fines del siglo XV y principios del siglo XVI, frente a Francia y España que amenazan e invaden, es posible tomar en cuenta el contexto singular de su país y, a la vez, buscar recuperar la grandeza perdida de la antigüedad romana. El príncipe de Maquiavelo será sociólogo: sabrá articular lo estructural y lo coyuntural gracias a un saber *táctil*, como lo explicaré más adelante, ejercido desde el pasado con los ojos puestos en el futuro.

Habiendo fijado este objetivo, nuestro autor se convierte en consejero de soberanos caídos en desgracia. Les reclama la función de médico de la política, capaz de detectar los males padecidos por Italia y de proponer remedios:

De donde nace que muchos lectores se complacen al escuchar aquella variedad de sucesos que contiene, sin pensar de ningún modo imitarlos, juzgando la imitación no ya difícil, sino imposible, como si el cielo, el sol, los elementos, los hombres, hubieran variado sus movimientos, su orden y sus potencias desde los tiempos antiguos. Queriendo, pues, alejar a los hombres de este error, he juzgado necesario escribir sobre todos los libros de Tito Livio (...), para manifestar lo que me parece necesario, según mi conocimiento de las cosas antiguas y modernas (...) de modo que quienes lean esas aclaraciones mías puedan más fácilmente extraer aquella utilidad

por la que debe buscarse el conocimiento de la historia. (Maquiavelo 1987, *Discursos I*, pp. 28-29).

Tanto en el caso de Maquiavelo como en el de su príncipe, la sociología será –al igual que la medicina– un arte aplicado, es decir que después del diagnóstico se preconizará una acción. Ahora bien, ¿cómo diagnosticar? Ante todo, a través de una visión de lo que los humanos realmente son y de cómo conocerlos en realidad. En definitiva y dicho en pocas palabras, para Maquiavelo, los humanos tienen humores cambiantes, ligeros y se guían por creencias ingenuas:

“... los hombres son ingratos, volubles, disimulados” (*Príncipe*, 1941, XVII p. 81).

“Los hombres son tan simples, y se sujetan en tanto grado a la necesidad, que el que engaña con arte halla siempre gentes que se dejan engañar”. (*Príncipe*, 1941, XVIII, p. 86).

“Además de las cosas que hemos dicho, conviene notar que el natural de los pueblos es variable. Se podrá hacerles creer fácilmente una cosa; pero habrá dificultad para hacerlos persistir en esta creencia”. (*Príncipe*, 1941, VI, p. 32).

“... el pueblo que en tal caso se encuentra, es como un animal fiero criado en prisión, que si se le deja libre en el campo, a pesar de sus instintos salvajes, faltándole la costumbre de buscar el pasto y el refugio, es víctima del primero que quiere aprisionarlo” (*Discursos*, 1987, I, XVI, p. 60).

Nótese que estos humanos, ambiciosos, injustos, ligeros, ingenuos y volubles, son el material con el que Maquiavelo busca alcanzar su objetivo. ¡El médico de la política quiere que con esta masa floja Italia se salve! Que su enfermo por fin se cure. Es que nuestro autor confía en un príncipe nuevo que, habiendo rescatado las virtudes y glorias de los antiguos romanos, sepa unificar la nación y, pese a todo, refundar las instituciones.

UNA SOCIOLOGÍA “HELICÓPTERO” Y “BIBLIOTECARIA” DEL CONOCIMIENTO PRÁCTICO

Maquiavelo conecta conocimiento y acción, y –como buen sociólogo– explica a qué se refiere cuando habla de conocimiento. Son dos las ocasiones en las que intenta definirlo, con su estilo lapidario:

“Los hombres, en general juzgan más por los ojos que por las manos; y si pertenece a todos el ver, no está más que a un cierto número el tocar”. (*Príncipe*, 1941, XVIII, p. 87). (En el original: perchè tocca a vedere a ognuno, a sentire a pochi).

“... hay entre los príncipes, como entre los demás hombres, tres especies de cerebros. Los unos imaginan por sí mismos; los segundos, poco acomodados para inventar, cogen con sagacidad lo que se les muestra por los otros; y los terceros no conciben nada por sí mismos, ni por los discursos ajenos. Los primeros son ingenios superiores; los segundos, excelentes talentos; los terceros son como si ellos no existieran”. (*Príncipe*, 1941, XXII, p. 113-114).

¿Qué significa imaginar por sí mismos?

Encontramos una ilustración en los consejos de Fabrizio Colonna, portavoz de Maquiavelo en *Del arte de la guerra*: imaginar por sí mismos es utilizar el propio conocimiento sobre las formas de organización, táctica y estrategia de los soldados de la Roma antigua, y tener suficiente experiencia para juzgar por sí mismo cómo organizar un batallón, un regimiento o un ejército. Se trata de saber de qué modo hacerlos avanzar en terrenos diferentes, sea cual fuere su aspecto. También se trata de saber movilizar a los soldados, evitando, al mismo tiempo, que se vuelvan profesionales de la guerra. Se trata entonces de saber ordenar un ejército, prepararlo y entrenarlo para futuras batallas, ajustando su forma y disposición en función del terreno y del ejército enemigo. También se trata de seleccionar con criterio a hombres y oficiales, de conocer las lógicas y hábitos del capitán enemigo para saber si, y cómo atacarlo, entre otras cuestiones.

¿Qué significa juzgar con las manos?

Veámoslo a partir de una metáfora aeronáutica: en su trabajo intelectual, Maquiavelo pasa constantemente del pasado al presente y al futuro, de lo coyuntural a lo estructural, de lo singular a lo general. Piensa tal como se ve desde un helicóptero, es decir hacia adelante, hacia abajo y hacia atrás. Los hombres no cambian, el pasado clásico ofrece lecciones eternas y fija objetivos futuros (volver a las virtudes y a la grandeza de la Roma antigua), a condición de tomar en cuenta la coyuntura en la que se actúa, es decir en el presente del que siempre hay que informarse y el futuro que se dibuja en el espíritu del tiempo; que no es, y no debe confundirse con el futuro que parece engendrar el presente. Esta visión no es puramente

analítica puesto que nuestro autor pretende curar un estado de cosas que él juzga malsano, poniendo en tensión el pasado prestigioso, el presente desolador y el futuro que espera. Y para eso deposita en Fabrizio Colonna la responsabilidad de presentar esta inteligencia en tensión.

Este modo de concebir el conocimiento, que llamaré conocimiento “helicóptero”, puede observarse también en la carta escrita por Maquiavelo a Francesco Vettori, el 10 de diciembre de 1513. En esta misiva el primero narra al segundo lo que hace a lo largo de una jornada: va a la hostería donde habla con quienes la frecuentan y con los que pasan, pidiéndoles noticias de su país; luego “llegada la noche, vuelvo a casa y entro en mi escritorio; en su puerta me despojo de la ropa cotidiana, llena de barro y mugre, y me visto con paños reales y curiales; así, decentemente vestido, entro en las viejas cortes de los hombres antiguos, donde acogido con amabilidad, me sirvo de aquellos manjares que son sólo míos y para los cuales he nacido”. (Borón, 1979, p. 118).

Maquiavelo no se detiene en la manera de asir el futuro, salvo cuando plantea que quien tenga la *virtù* sabrá adaptarse al espíritu de su tiempo. También se mofa en los *Discursos* de quienes consideran siempre buenas, en un mundo cambiante, las soluciones empleadas en el pasado.

Por el contrario, para comprender el presente, el príncipe que ansía Maquiavelo deberá hacer búsquedas en las bibliotecas, tal como lo describe Robert Damien (2003). Con dichas investigaciones se busca conocer al pueblo, dar con los anhelos de los aristócratas, comprender el movimiento interno y las intenciones de los enemigos, multiplicando las informaciones. No sólo se trata de conocer las intenciones del capitán enemigo (*Del arte de la guerra*, IV/VI), sino también la manera en que el terreno se presenta en la acción: “De manera general se debe, en primer lugar, tener los mapas de todo el país que atravesará para conocer bien los lugares, su número, sus distancias, los caminos, las montañas, los pantanos y su naturaleza... Se debe, finalmente, examinar los hábitos y costumbres del enemigo” (traducción de Víctor Zúñiga, *Maquiavelo*, 1998, p. 567).

Y más: “Es muy importante conocerse bien a uno mismo y medir bien las fuerzas que uno tiene, así como las fuerzas del propio Estado. Cuando uno no siente tener la capacidad de hacer la guerra, uno debe concentrarse en gobernar en paz” (traducción de Víctor Zúñiga, *Maquiavelo*, 1998, p. 640). Por último, podemos citar: “Si un príncipe quiere ganarse al pueblo que le es hostil, debe primero examinar lo que ese pueblo quiere” (traducción de Víctor Zúñiga, *Maquiavelo*, 2004, p. 66).

En definitiva, juzgar con las manos es hacer una investigación multidimensional de sí mismo, del propio pueblo y de los Grandes. Es investigar al enemigo, sus lógicas y movimientos, con el objetivo de diseñar la acción que resulte eficaz. ¿Qué es tocar con las manos, en el marco de la obra de Maquiavelo? Durante el periodo en que ejerció como

secretario de la Segunda Cancillería (suerte de ministro del interior y de la guerra) de la República de Florencia, nuestro autor fue enviado en calidad de embajador de César Borgia y, durante algunos meses, pudo observar sus acciones y oír sus palabras. Le parecía poder tocarlo, pues veía su verdadero funcionamiento: Maquiavelo analizaba el efecto de los discursos que Borgia pronunciaba en pos de la paz y la justicia, al tiempo que fomentaba desórdenes y traiciones. Pero tocar también es comprender las circunstancias en las que los príncipes deben actuar de este modo, incluso a pesar suyo.

En una carta enviada a un amigo, Maquiavelo explica el objetivo del *Príncipe*: “un opúsculo en el que profundizo hasta dónde puedo los problemas de este tema: qué es la soberanía, cuántos tipos de soberanías hay, y cómo se adquiere, se conserva o se pierde”².

Tocar con la mano, es, en definitiva, poder tomar en cuenta las fricciones gracias a la experiencia de la guerra. Esta capacidad táctil no solo resulta ventajosa a la hora de tomar decisiones correctas, sino que además permite que otros adhieran a la acción que les propones. Porque, de hecho, ¿qué es la soberanía sino la posibilidad de que los demás acepten la acción que les propone el príncipe, es decir, la posibilidad de volverla legítima? ¿Y quién puede volverse soberano durablemente sino aquel que piensa con sus manos y anticipa los conflictos?

Estudiar al Maquiavelo sociólogo, así como a algunos de sus seguidores, sucesores y discípulos, contribuye a que la sociología se cimente como una ciencia con todas las de la ley, a que vincule sus teorías con las prácticas. Para salir de este dilema (teoría versus práctica, investigación versus solución), la sociología necesita del arte de la guerra y del arte de gobierno. Solo así podrá superar la sociología el enfoque que la ha caracterizado, que ha sido abstracto en demasía.

Raymond Aron (1985) lo había comprendido bien, él que, como profesor, les enseñaba la teoría de las relaciones internacionales a los estudiantes de los primeros años de la joven carrera de sociología, tal como lo formuló, entre otras obras, en *Paz y guerra entre las Naciones*. Aron trataba de instaurar, contra su tío E. Durkheim, una sociología tucididiana, es decir una disciplina en cuyo discurso se desplegaran a la vez las leyes de la interpretación histórica y las que toman en cuenta los efectos estructurantes y previsibles de alianzas y potencias.

Pero, ante todo, debemos comprender que el arte de gobernar y el arte de la guerra se completan y se nutren mutuamente: “Un príncipe no debe tener otro objeto, otro pensamiento, ni cultivar otro arte más que el de la guerra, el orden y disciplina de los ejércitos, porque es el único que se espera que ejerza justamente el que manda”. (*Príncipe*, 1941, XIV, p. 71-72).

2 Carta a Francesco Vettori, 10 de diciembre de 1513 (*Maquiavelo*, 2009, p. 394).

La cuestión de las homologías y complementariedades entre estas artes será profundizada por otro protosociólogo que se proclamaba discípulo de Maquiavelo: Karl von Clausewitz, quien extiende las artes de la guerra y del mando al conjunto de las instituciones humanas. De este modo, Clausewitz contribuye a que emerja una sociología capaz de integrar el arte de la guerra, presente en el género humano desde hace más de dos mil años. He aquí el tipo de sociología que permite pensar las interacciones estructurantes entre grupos sociales:

La guerra no es más que un duelo en una escala más amplia. ... [L] a guerra pertenece al terreno ... de la vida social. Es un conflicto de grandes intereses, resuelto mediante derramamiento de sangre y solamente en esto se diferencia de otros. (Clausewitz, 1976, p. 47).

El príncipe que juzga con sus manos se parece a Maquiavelo: ve el presente y el pasado, presiente el futuro, inspirado por el diálogo con los autores clásicos. Entendemos entonces la preconización según la cual los príncipes deben leer libros de historia y geografía, conocer las planicies y montañas de sus tierras y de las de sus enemigos (*Príncipe*, 1941, XIV). También deben desconfiar de los relatos históricos que tienden a ensalzar a los vencedores y a atenuar sus dificultades (*Discursos*, 1987, I/II; proemio). Debe conocerse tanto a su adversario como a sí-mismos (*Discursos*, 1987, III/XXIII). Sin saberlo, Maquiavelo repite una de las máximas del estratega Sun Tzu, descubierto en Europa dos siglos después de la muerte del florentino.

Si nuestro autor es, como se suele decir, el médico de la política, es su deber atacar las enfermedades crónicas de las que sufren las repúblicas y los principados de su tiempo. Asimismo, debe presentar los remedios que recomienda para aliviarlas, cuando no para curarlas.

LAS ENFERMEDADES CRÓNICAS, HIJAS DE LA AMBICIÓN Y LA INGRATITUD

Estos males crónicos resultan de las pasiones humanas, así como de características antropológicas, de la naturaleza de todos y cada uno. Algunas de estas características son evocadas en los *Capitoli*, que tratan dos aspectos fundamentales: la ambición y la ingratitud. Veamos cómo.

En el marco de una obra profusa, ciertas pistas se abren a través de los textos más breves, como el caso de cuatro poemas (en endecasílabos) que hablan de la ambición, la injusticia, la fortuna y la ocasión. Se trata de escritos que Maquiavelo dedicó a sus amigos íntimos, entre 1506 y 1509, mientras ocupaba su puesto de secretario de la República de Florencia (reagrupados, como lo evoqué, bajo el título de *Capitoli*). Se trata de cuatro temas mayores en la sociología de Maquiavelo, relativos a su príncipe

ideal. El autor no nos habla sino de dos características antropológicas, universales e intemporales: la ambición y la ingratitud, y de dos elementos de situación gracias a los que es posible actuar: la fortuna y la ocasión.

Tres temporalidades sociales

Estos elementos primordiales de la condición humana son vividos según diferentes temporalidades: la ambición y la ingratitud son elementos inquebrantables, que nunca cambian, mientras que la *Fortuna* y la ocasión son hijas de una visión lineal del tiempo y de las sorpresas que procura el acontecimiento previsto para el futuro, con sus aspectos rutinarios e inesperados. A estas temporalidades Maquiavelo agrega una tercera, que explica su gusto por la referencia a los clásicos romanos: un tiempo circular que el autor expresa a las claras en el libro V de la *Historia de Florencia*: “El valor engendra la paz; la paz, la ociosidad; la ociosidad, el desorden; el desorden, la derrota. De la derrota renace el orden; del orden, el valor; y de ahí, la gloria y la buena fortuna.” (traducción de Víctor Zúñiga, *Maquiavelo*, 1998, p. 829).

Los Capitoli

Escritos cuando Maquiavelo aún está en funciones, es decir antes del *Príncipe*, los dos primeros poemas describen las pasiones fundamentales que guían los comportamientos humanos: se trata de la base psicológica, robusta, en la que se asienta la sociología de su príncipe ideal:

Sobre la ambición:

... Desde Escitia hasta Egipto, desde Inglaterra hasta la opuesta orilla, se ve andar germinando este delito.

¿Qué región o qué ciudad no lo alberga?, ¿qué burgo, qué tugurio?
A todas partes la ambición y la avaricia llegan.

Todos detestan la felicidad de los demás y, por eso, se consagran continuamente a destruirla; de ahí tantos tormentos y tanta tristeza (*Poema sobre la Ambición*, traducción de Víctor Zúñiga, versos 7 a 12; *Maquiavelo*, 1998, p. 1061).

Sobre la ingratitud:

Espero, con mi canto, sacar de mi corazón y, al menos, calmar la tristeza que me causan tantas adversidades. La clama que busca incesantemente mi alma.

Cómo pierde uno el tiempo en servir, cómo siembra uno en la arena y en el agua, así será el tema de mis versos... Todo nace de este mundo de ingratitud. Es la hija de la avaricia y de la sospecha, nutrida en los brazos de la envidia y depositada en el corazón de los príncipes y de los *reyes* (traducción de Víctor Zúñiga, *Maquiavelo*, 1998, p. 1080).

Vemos cómo se completa el contenido de estos poemas: la ingratitud sería hija de la ambición. Un hombre ambicioso necesita de los demás para triunfar, pero una vez alcanzado el triunfo olvida la ayuda recibida. Los humanos son vistos como seres egoístas y ambiciosos de quienes convendría esperar poco reconocimiento, tanto personal como colectivo. Para Maquiavelo las leyes de la conducción política son guiadas por estos fenómenos universales, que nos sumergen en lo estructural, lo constante y hasta lo eterno.

La ambición dicta a la vez la conducta de los hombres, las mujeres y la de las naciones. Es ella quien genera en los hombres una insatisfacción constante, quien empuja a los príncipes a tomar y a defender tronos, quien lleva a las naciones a conquistar otros espacios, y a someter a otros pueblos:

Causa de esto es haber creado la naturaleza al hombre de tal suerte, que todo lo puede desear y no todo conseguir; de modo que, siendo mayor siempre el deseo que los medios de lograrlo, lo poseído ni satisface el ánimo, ni detiene las aspiraciones. (*Discursos*, 1987, p. 401-402).

Maquiavelo desarrolla ampliamente la cuestión de las consecuencias internas de esta ambición, la propensión de los privilegiados a pretender cada vez más bienes y poder, y la tendencia de los pueblos a rebelarse contra estas pretensiones. Se trata de una cuestión importante que determina, en el pensamiento del autor, el lugar estructural del príncipe o del dirigente de la República.

EL PRÍNCIPE, LOS GRANDES Y EL PUEBLO

Según Gilbert (1996), Piero di Tommaso Soderini, confaloniero vitalicio y empleador de Maquiavelo que se ubicaba entre los aristócratas florentinos y las clases medias de su ciudad, pensaba poder conservar su independencia respecto de unos y de otros. Sin embargo, logró atizar el odio del partido aristocrático que aprovechó la partida de los franceses para dimitirlo. Esta difícil posición, debida al conflicto entre aristócratas y mundo de los oficios, no era exclusiva de Florencia: Max Weber (1988), en su capítulo sobre la

ciudad plebeya, demuestra cómo, en Italia, se constituye un contrapoder a los aristocráticos a partir de las corporaciones, y cómo estas entran en el juego político hasta que los reyes de España, y luego la casa de los Habsburgo, restablecen el orden patricio de las señorías aristocráticas. Un restablecimiento que, recordémoslo, sofocó por completo la posibilidad de que los gremios actuaran políticamente.

Es en razón de esta conflictiva irresuelta que Maquiavelo imaginó un principio metodológico fundamental. En *El Príncipe* Maquiavelo dice, en la dedicatoria a Lorenzo de Medici: "... si para conocer la naturaleza de los pueblos es preciso ser Príncipe, para conocer la de los principados, conviene estar entre el pueblo". Vemos aquí, y en el extracto siguiente, cómo nuestro autor trata las relaciones triangulares entre príncipe, grandes hombres y pueblo, de modo sintético, profundo e intenso:

Lo que el pueblo desea es no ser sometido, ni oprimido por los Grandes y, lo que los grandes desean, es someter y oprimir al pueblo...Un ciudadano, hecho Príncipe con favor del pueblo, debe intentar conservar su afecto; lo cual le es fácil porque el pueblo le pide únicamente no ser oprimido. Pero el que llegó a ser Príncipe con la ayuda de los magnates y contra el voto del pueblo, debe, ante todas cosas, tratar de conciliársele; lo que le es fácil cuando le toma bajo su protección. (*Príncipe*, 1941, p. 134).

El autor completa luego el razonamiento:

... el Príncipe que tiene más miedo de sus pueblos que de los extranjeros, debe hacerse fortalezas; pero el que teme más a los extranjeros que a sus pueblos, debe pasarse sin esta defensa" (*Príncipe*, 1941, XX, p. 106). Y también: "Concluyo, por tanto, diciendo que un príncipe debe tener poco temor a las conjuras cuando goza del favor del pueblo...Los Estados bien ordenados y los príncipes sabios han buscado con toda su diligencia los medios para no reducir a la desesperación a los nobles y para dar satisfacción al pueblo y tenerlo contento (*Príncipe*, 1982, XIX, pp. 95-96).

Como vemos, el rol del príncipe en las Repúblicas y los principados consistiría en moderar ambiciones y sosegar insatisfacciones. El soberano aparece entonces como la barra de equilibrio de la justicia, aunque a veces se vea obligado a batallar para mantener ese rol y saber anticipar:

...los males que nacen en él [Estado] se curan pronto si se les reconoce con antelación (lo cual no es dado sino a una persona prudente); pero cuando por no haberlos reconocido se les deja crecer de forma

que llegan a ser de dominio público, ya no hay remedio posible. (*Príncipe* 1982, III p. 39).

Sin embargo, curar los desórdenes presentes y anticipar los futuros, es una muy tarea difícil, por dos razones: “Porque los humanos, habituados a vivir de una cierta manera, no quieren cambiar sus instituciones” (traducción de Víctor Zúñiga, *Discours*, 2004 XVIII) y:

A este respecto se debe tener en cuenta hasta qué punto no hay cosa más difícil de tratar, ni más dudosa de conseguir, ni más peligrosa de conducir, que hacerse promotor de la implantación de nuevas instituciones. La causa de tamaña dificultad reside en que el promotor tiene por enemigos a todos aquellos que sabían provecho del viejo orden y encuentra unos defensores tímidos en todos los que se verían beneficiados por el nuevo. (*Príncipe*, 1982, p. 49).

En definitiva, quienes sacan provecho de las instituciones gastan mucha más energía en defenderlas que quienes desean cambiarlas, lo cual explica el carácter estático de las situaciones y el rol primordial del “nuevo príncipe”. Al tomar subrepticamente el poder, este puede intentar cambiar las reglas del juego social. Es precisamente la brecha en la que se introducirá Antonio Gramsci (1972), brillante jefe marxista heterodoxo que mucho especuló sobre la posibilidad de que fuera su partido el que pudiera convertirse en este nuevo príncipe.

Por otro lado, paradójicamente, Maquiavelo exhorta a los poderes a tomar en cuenta el espíritu de la época. En el libro III de los Discursos, por ejemplo, propone que las entidades políticas y religiosas, para renovarse, vuelvan a su estado original. Nuestro autor demuestra que las iniciativas de Santo Domingo, fundador de la orden de los dominicos, y de San Francisco de Asís, creador de los franciscanos, salvaron a la religión cristiana de Occidente al exigirle a la Iglesia ser más humilde y pobre. Según Maquiavelo, lo mismo debería producirse, y se ha producido alguna vez, en el campo de lo político. A falta de acontecimientos análogos o de colisiones externas, las situaciones se estancan. El estado de las cosas se mantiene, conservando las mismas instituciones. Para Maquiavelo, esto conduce a la degradación de las relaciones internas y externas. La decadencia de la Roma imperial se enraizó en un consenso conservador entre senadores y militares, mientras que el vigor de la Roma republicana se nutrió en parte de la presencia de un tribuno de la plebe en las instancias dirigentes, así como de los censores, cuyo rol era impedir que se instalara el concierto de los privilegiados. Maquiavelo incita a realizar un doble movimiento: volver a los orígenes y adaptarse a las situaciones, dejando que la conflictualidad se exprese.

En su relación con el exterior, tanto el principado como la república se ven guiados por la ambición, contenida exclusivamente por la resistencia del adversario. Esta ambición no solo lleva a articular alianzas, sino que define tácticas y estrategias de los Estados. En este marco, Maquiavelo aporta consejos prudentes y analiza situaciones históricas. Su sociología realista consiste en no reforzar a los más fuertes y en impedir que los débiles se ilusionen acerca de la ayuda que cabe esperar de quienes dominan. Maquiavelo le reprocha, por ejemplo, a Luis XII haber reforzado al Papa, quien, poco después, se alió en su contra y venció.

Nuestro autor también proporciona consejos de sentido común a los pequeños principados, frente al inextinguible deseo que éstos pudieran tener de someter a sus aliados menos potentes.

Maquiavelo también estudia el caso, frecuente en su época, de las rupturas de linajes reinantes debidas a la reivindicación del trono por un pariente, por ejemplo, que da batalla al heredero designado. Es lo que sucedió con Juan Galeazzo Visconti, quien, deseando suceder a su padre, mató a su tío Bernabé que compartía con éste el ducado de Milán. Galeazzo se hizo del ducado, o bien porque era Condottiere de una fuerza mercenaria, y pudo echar a la familia reinante para tomar su lugar, o bien porque, como César Borgia, constituyó en tierras papales su ducado, tallándose a medida. Basándose en una gran diversidad de situaciones Maquiavelo crea una taxonomía de los géneros de principados (príncipe nuevo, príncipe natural, príncipe civil, príncipe eclesiástico.), lo cual le permite ajustar explicitaciones, diagnósticos y consejos según la posición que ocupa cada quien, y a la luz de las leyes y costumbres de su país.

La popularidad

Una de las razones por las que Maquiavelo, sea cual fuere el género de príncipe, exhorta a la popularidad reside en lo que más tarde Weber llamará la legitimidad. Si los únicos aliados del príncipe son los Grandes, la legitimidad se fragiliza. Los Grandes suelen ser poco numerosos, y siempre están dispuestos a disputar el poder, tal como lo hicieron los Pazzi en Florencia, fomentando una conjuración contra Julián y Lorenzo de Medici (*Historia de Florencia*, VIII/VI). Ya lo presentimos al hablar de la inutilidad de erigir fortalezas cuando se es amado por su pueblo: a través de muchos ejemplos, Maquiavelo trabaja el boceto del concepto de legitimidad. El príncipe debe actuar como un péndulo entre el pueblo y las élites, y, puesto que el pueblo es mayoría, debe hacerse amar por él: “Aunque el príncipe sea muy poderoso militarmente, tiene necesidad de ser favorecido por el pueblo” (*Príncipe*, III).

A esta visión pesimista del comportamiento singular de los aristócratas, de la ciudad y del pueblo, esencialmente guiados por la ambición y la ingratitud, y constantemente amenazados, responde la imagen del príncipe creada por Maquiavelo. Sea cual fuere su posición en la taxonomía del florentino (reinante, nuevo o en devenir), será un príncipe sociólogo. Y su sociología no se limitará a establecer diagnósticos, sino que determinará las acciones que es deseable realizar.

CONSTRUIR UN PRÍNCIPE QUE SALVE A ITALIA GRACIAS A UNA VISIÓN FRÍA
DE LA ACCIÓN, APROVECHANDO LA *FORTUNA*: FORTUNA Y OCASIÓN

El Maquiavelo médico querría, gracias a su diagnóstico y a los medicamentos recetados, que su país se vuelva –como se dice actualmente– una fuerza relevante en el concierto de las naciones. Así es que entran en juego las otras características coyunturales desarrolladas en los *Capitoli*: la Fortuna y la Ocasión.

De la Fortuna:

“La fortuna, con su impulso fabuloso que va de un lado para otro, hace que el curso de los eventos del mundo cambien.

Si miramos más allá, veremos que un Alejandro y César están entre los hombres más felices que haya habido.” (traducción de Víctor Zúñiga, *Maquiavelo*, 1998, pp. 1069-1070).

De la Ocasión:

En mi cara traigo mis cabellos dispersos, me cubro así el rostro pero también la espalda para que nadie me reconozca cuando se aproxime. Atrás de mi cabeza, no tengo cabello: así se agota al que ya rebasé, cuando intenta atraparme; o bien, cuando me volteo; dime, ¿quién es el que viene contigo? Es el arrepentimiento: anótalo y escucha bien: el que no lo agarra, lo encuentra (traducción de Víctor Zúñiga, *Maquiavelo*, 1998, p. 1088).

Nadie logrará hacerle frente a la mala suerte si se contenta con esperar que la fortuna le sea favorable. Hay que crearse oportunidades. Aunque también hay que sentir el espíritu de su época y tener ánimo y fuerza con el fin de reconocer el momento y la situación propicios para tomar oportunidades. En el conjunto de los textos que analicé los ejemplos abundan. No citaré sino dos: uno de *Del arte de la guerra* y otro del final del *Príncipe*, en el que el autor moviliza todos los resortes de la teatralidad:

“Uno no debe estar combatiendo siempre, inclusive si se encuentra en desventaja, porque más vale probar suerte y esperar la Fortuna que correr el riesgo de caer en la ruina si no probamos suerte. La ventaja a veces nos viene del enemigo, a veces de nuestra propia perspicacia.” (traducción de Víctor Zúñiga, *Del arte de la guerra*, p. 552).

No se me oculta que muchos han tenido y tienen la opinión de que las cosas del mundo están gobernadas por la fortuna y por Dios hasta tal punto que los hombres, a pesar de toda su prudencia no pueden corregir su rumbo ni oponerles remedio alguno... No obstante, para que nuestra libre voluntad no quede anulada, pienso que puede ser cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de las acciones nuestras, pero la otra mitad, o casi, nos es dejada, incluso por ella, a nuestro control... Concluyo, por tanto, que –al cambiar la fortuna y al permanecer los hombres obstinadamente apegados a sus modos de actuar– prosperan mientras hay concordancia entre ambos y vienen a menos tan pronto como empiezan a separarse. Sin embargo, yo sostengo firmemente lo siguiente: más vale ser impetuoso que precavido porque la fortuna es mujer y es necesario, si se quiere tenerla sumisa, castigarla y golpearla. Y se ve que se deja someter antes por éstos que por quienes proceden fríamente. Por eso siempre es, como mujer, amiga de los jóvenes, porque éstos son menos precavidos y sin tantos miramientos, más fieros y la dominan con más audacia (*Príncipe*, 1982, XXV, pp. 116-117, 119-120).

Para aclarar los diferentes aspectos del término *fortuna* o *Fortuna*, que ocupa un lugar importante en la obra de nuestro autor, resulta necesario hacer algunos aportes semánticos. La Fortuna es a la vez la chance, en el sentido de (buena) suerte, y la oportunidad, el acontecimiento inesperado, a menudo atribuido a la acción, con el que tropiezan los planes nacidos de la construcción humana. El uso de este término es muy frecuente en los tiempos de Maquiavelo. Así lo muestra, entre otros, el historiador Félix Gilbert (1996), quien analizó el contenido de las *pratiche* de la República de Florencia bajo los Medici. Una *pratica* es un consejo de ciudadanos sabios que debate a propósito de situaciones o asuntos excepcionales para la ciudad-Estado (“¿Cómo instalar un mejor gobierno en Florencia?”, por ejemplo). Estas reuniones producían informes de gran valor para conocer el estado de ánimo y los temas socio-políticos de la Florencia de fines del siglo XV y principios del XVI. Gilbert saca la siguiente conclusión: para los florentinos de entonces *la inteligencia era una fuerza* y era a la vez necesario y posible tener una visión racional de la política:

“Los asuntos y tensiones que agitaron a la República florentina determinaron la naturaleza de los problemas y conceptos esenciales a la elaboración de un nuevo enfoque, razonado e intelectual, de la política” (traducción N. La Valle, *Gilbert*, 1996, p. 48).

El pensamiento político de los florentinos del renacimiento tomaba en cuenta la existencia de la *Fortuna*. Aquellos que habían oído a Savonarola y se habían dejado impresionar por sus prédicas, vieron la mano de la Providencia cuando el ambicioso duque de Milán Juan G. Visconti muere a causa de la peste justo cuando se aprestaba a invadir Florencia (luego de haber sometido a las ciudades de Vicenza, Verona y Padova).

Maquiavelo utilizará constantemente el concepto de fortuna, aunque de manera elástica. En ciertos casos el uso puede parecernos casi mágico, como cuando escribe sobre la vida de Castruccio Castracani, vencedor de un combate contra los florentinos: “(la) fortuna, enemiga de su gloria, cuando hubiera debido darle una larga vida, se la quitó, interrumpiendo los planes que desde hacía mucho tiempo acariciaba, y que sólo la muerte podía impedirle realizarlos” (*Maquiavelo*, 2006, p. 66). La *Fortuna* se presenta como un viento helado que arrebató al guerrero cubierto de sudor, después de rudo combate.

El término puede tener una connotación más profana. En el capítulo VII del *Príncipe*, por ejemplo, nuestro autor compara al duque de Milán Francisco Sforza y al duque de Valentinois, César Borgia: según Maquiavelo, Borgia habría apostado demasiado en la *Fortuna* de su padre, el Papa Alejandro VI, y cuando este muere la rueda lo abandona y el ducado desaparece. Sforza, por el contrario, era un *condottiere*: había conquistado Milán gracias a su propio genio y supo asegurarse el poder de su familia. En este caso, *Fortuna* se parece mucho a situación de poder.

Por último, el término implica la vocación, el *beruf* o *calling* de los protestantes alemanes e ingleses. Así, en una carta a Francisco Vittori del 9 de abril de 1513, Maquiavelo escribe: “No teniendo el arte de hablar en público, ni el arte de tejer la lana, ni la seda, ni de calcular las ganancias y las pérdidas, la Fortuna quiso que yo hable de las cosas del Estado. Y debo o hacer un voto de silencio o tomar la palabra.” (traducción de Víctor Zúñiga, *Maquiavelo*, 1998, p. 1234).

Entonces, ¿cómo hace un príncipe para volverse sociólogo e imponerse a la mala fortuna? En cualquier circunstancia un príncipe debe resultar determinado, valiente y voluntario: “[El príncipe] debe ser ponderado en sus reflexiones y en sus movimientos, sin crearse temores imaginarios y actuando mesuradamente con prudencia y humanidad...” (*Príncipe*, 1982, XVII, p. 88); “Despreciable lo hace el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime, irresoluto.” (*Príncipe*, 1982, XIX, p. 93). Como el propio Maquiavelo, debe tener la visión helicóptero:

sentir el espíritu de su época y prever los acontecimientos, gracias a un buen conocimiento del presente, de sí mismo, de sus fuerzas y de su Estado, así como de los diferentes adversarios. Debe prever la derrota de estos últimos sin dejar de lado el pasado histórico, para garantizar que el enfermo pueda curarse y para poder cumplir, él, el príncipe, con su destino: liberar a Italia sacando las lecciones necesarias de su pasado romano.

Pero el médico Maquiavelo es demasiado sutil para enredarse en sus propias recomendaciones. En este sentido, existe un valioso documento: el *Libro dei Ricordi* que su padre, Bernardo Maquiavelo, escribió entre 1475 y 1487. En este texto, Bernardo anota sus compras de libros. Sin aportar una información exhaustiva sobre la biblioteca paterna, el documento, como lo afirma Ginzburg (2003), permite deducir que algunas de estas compras estaban reservadas a la educación de su hijo Nicolás. Lo que quiero enfatizar es que la biblioteca contiene obras de Bernardino de Siena o Giovanni d'Andrea, por ejemplo, dos reconocidos casuistas. Ginzburg, rastrea la utilización constante y sutil de expresiones como "sin embargo", "no obstante" (*nondimeno* o *nondimanco*), en los escritos de Maquiavelo de 1506 a 1520. El uso de estas partículas adversativas del lenguaje lo ponen en guardia contra creencias demasiado mecánicas en sus propias ideas. El príncipe sociólogo toma en cuenta las excepciones, a menudo guiadas por la Fortuna:

Que nunca crea un Estado que va a poder tomar opciones seguras; ha de pensar por el contrario que todas las que habrá de tomar serán dudosas, porque el orden de las cosas trae siempre consigo que apenas se trata de evitar un inconveniente cuando ya se ha presentado otro. Ahora bien, la prudencia consiste en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y adoptar el menos malo por bueno. (*Príncipe*, 1982, XXI, p. 110).

EL PRÍNCIPE SOCIÓLOGO EN ACCIÓN

Para nuestro autor, el arte de gobernar consiste en admitir que los Estados no pueden ser prósperos y armoniosos sin buenas leyes, instituciones sanas y una fuerza militar capaz de impresionar a vecinos y adversarios. He aquí las fundaciones de un Estado:

Ya hemos insistido anteriormente en lo necesario que es para un príncipe que sus cimientos sean buenos, pues de lo contrario la consecuencia será su hundimiento. Pues bien, los principales cimientos y fundamentos de todos los Estados...

consisten en las buenas leyes y las buenas armas. (*Príncipe*, 1982, XII, pp. 71-72).

Buenas leyes

¿De qué hablamos cuando hablamos de buenas leyes e instituciones sanas? Por un lado, Maquiavelo se muestra pesimista respecto de la capacidad de cambio en el comportamiento humano: “Caminando casi siempre los hombres por las vías holladas por otros y procediendo en acciones por imitación...” (*Príncipe*, 1982, VI, p. 47).

Además, los cambios de leyes que no modifican las instituciones corruptas lo dejan escéptico:

No se encontrará ni ley, ni institución capaz de frenar una corrupción generalizada. Así como las buenas costumbres requieren de buenas leyes para mantenerse, así también las buenas leyes necesitan buenas costumbres para ser acatadas...De ahí se concluye que las nuevas leyes no bastan nunca porque las instituciones que permanecen terminan por corromperla (traducción de Víctor Zúñiga, *Discours*, 2004, I-XVIII, p. 227).

El Maquiavelo médico trata la corrupción como una enfermedad verdaderamente contagiosa, como una gangrena. Lo único que podría salvar al enfermo sería la llegada de un hombre excepcional por su coraje y su energía:

“Un pueblo que ha sido cooptado por la corrupción no puede vivir libre ni un solo instante” (*Discours*, 2004, I-XVI, p. 220).

En las sociedades en donde la corrupción no se ha generalizado, los conflictos y los desórdenes no son nocivos. Pero en donde toda la vida social se ha corrompido, las buenas leyes no sirven para nada, a menos de que éstas sean aplicadas por un hombre capaz de hacer que se acaten con una energía tal que la vida social sane...Hemos constatado que una ciudad que declina por culpa de la corrupción, jamás podrá levantarse, a menos de que cuente con la gracia de un hombre y no por la gracia de un pueblo...Tan pronto como este hombre muera, el pueblo vuelve a sus hábitos anteriores (traducción de Víctor Zúñiga, *Discours*, I-XVII, p. 226).

Como ejemplo de buenas leyes e instituciones, y también de cambios radicales que, por un tiempo, pueden abolir la corrupción, nos quedan,

por un lado, el modelo de organización de la Roma antigua y, tal como lo contara Tito Livio, el pasaje de una realeza corrupta a una república virtuosa, por el otro.

Buenas armas

¿Qué significa tener buenas armas en un contexto en el que la Fortuna debe ser enfrentada y en el que deben ser asidas todas las oportunidades que ésta nos presente?

Maquiavelo desarrolló esta cuestión a lo largo de toda su obra: tener buenas armas implica que el príncipe debe estar al mando de su ejército y que éste debe estar compuesto por sus sujetos. En otros términos, el príncipe es comandante en jefe de una tropa que no debe incluir ni mercenarios ni tropas aliadas:

[Las tropas] mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas y si uno tiene apoyado su Estado sobre armas mercenarias, jamás estará libre y seguro, porque estas tropas carecen de unidad, son ambiciosas, sin disciplina, desleales; valientes antes los amigos, pero ante los enemigos cobardes; ni temerosas de Dios ni leales con los hombres...la actual ruina de Italia no tiene otro origen que el haber descansado por espacio de muchos años en las tropas mercenarias. (Príncipe, 1982, XII, p. 72).

En la *Historia de Florencia*, nuestro autor lo ilustra del modo siguiente:

Había en Italia, en ese entonces, numerosos soldados ingleses, alemanes y bretones, que fueron traídos por los príncipes en diversas épocas; llegaron a Italia y luego algunos se dirigieron a otras partes, sobre todo en la época en la que los papas residían en Avignon. (traducción de Víctor Zúñiga, *Maquiavelo*, 1892, I-XXXIV).

Maquiavelo, quien organizara la milicia florentina poniendo en acción las conclusiones de su análisis sociológico (puesto que funda el reclutamiento en una idea análoga a la del servicio militar), desearía que el nuevo príncipe saque provecho de su experiencia.

EL LEÓN Y EL ZORRO, Y LA CUESTIÓN DEL MAQUIAVELISMO

Una vez que su ejército ha sido reclutado y entrenado por medio de cuantiosos ejercicios (ver *Del arte de la guerra*, Libro V-III), el príncipe debe saber cómo usar esa fuerza. Según Maquiavelo existen dos modelos:

Debéis, pues, saber que existen dos formas de combatir: la una con las leyes, la otra con la fuerza. La primera es propia del hombre, la segunda de las bestias; pero como la primera muchas veces no basta, conviene recurrir a la segunda...Estando, por tanto, un príncipe obligado a saber utilizar correctamente la bestia, debe elegir entre ellas la zorra o el león, porque el león no se protege de las trampas ni la zorra de los lobos. Es necesario, por tanto, ser zorra para conocer las trampas y león para amedrentar a los lobos. (*Príncipe*, 1982, XVIII, pp. 90-91).

Leones y zorros ilustran dos posiciones estructurales, más que morales: la figura del león se desarrollaría en la guerra simétrica, que ve enfrentarse actores de fuerzas equivalentes, y en la que cada cual puede seguir respetando los usos y costumbres guerreros, el derecho de gentes y las posiciones caballerescas; estamos hablando de ataques frontales en los que sólo la habilidad para las maniobras y la importancia de las fuerzas definen al vencedor. Por otro lado, el zorro indicaría una guerra indecisa, asimétrica, caracterizada por cambios e inversiones en las alianzas; hablamos aquí de situaciones en las que el esquivo, las fintas, los ardides y las falsas noticias son elementos determinantes: "Nada es más útil a la guerra que el esconder los propios propósitos" (traducción de Víctor Zúñiga, *Del arte de la guerra*, V-VII).

Las situaciones en las que, para sobrevivir, hay que volverse zorro, son precisamente las que conducen al llamado maquiavelismo. Recordemos que la Italia de tiempos de Maquiavelo vivía un contexto político turbulento, pasando de un periodo en el que las grandes potencias internas (el Papa, Venecia, Milán, Florencia y Nápoles) tenían la capacidad de "asegurarse de que ninguna de ellas ejerciera su autoridad sobre las otras" (traducción de Víctor Zúñiga, *Maquiavelo*, 1892, I-XI) otro periodo en el que dichas potencias, ya subsidiarias, fueron arrolladas por las invasiones francesas y las alianzas aragonesas, y luego por la potencia española. Para sobrevivir en situaciones más que inciertas los imperativos cristianos de humildad, caridad y respeto de la persona humana deben ser abandonados, puesto que no son respetados por los protagonistas y que su observancia significaría el fin de la República de Florencia y la pérdida de toda esperanza en una posible nación italiana unificada e independiente. Maquiavelo, en su obra, da cuenta de numerosos casos de soberanos que engañaron a su pueblo o al que acababan de someter.

El periodo y la situación impiden entonces tomar el rol del león y conducen al del zorro, es decir a seguir el modelo desarrollado por nuestro autor, especialmente en el *Príncipe*: prometer y no cumplir con su palabra, ser crueles si fuese necesario, no solo proscribir a los señores de quienes

se han tomado las tierras sino también eliminar a su descendencia, para asegurarse que no vendrá el día en que vuelva para reconquistarlas.

Como vemos, el maquiavelismo deriva del arte de la guerra y nace de una situación singular. Aquella en la que, según el autor, muchos actores referidos son maquiavélicos sin proclamarlo. No se trata únicamente de aquellos que la posteridad juzgó por su peculiar violencia, como César Borgia o Juan G. Visconti, sino también del rey Fernando de Aragón, llamado “el Católico”, quien, según Vivanti (2008), es esbozado sin ser nombrado en esta frase del Príncipe: “Un príncipe de nuestros días, al cual no es correcto nombrar aquí, no predica jamás otra cosa que paz y lealtad, pero de la una y de la otra es hostilísimo enemigo y de haber observado la una y la otra, hubiera perdido en más de una ocasión o la reputación o el Estado.” (*Príncipe*, 1982, XVIII, p. 93). En los capítulos finales de esta obra, Maquiavelo repite hasta el hartazgo lo bueno que sería que el príncipe obedeciera a las reglas de la fe cristiana pero que, si así lo hiciera, no tardaría en perder su poder y acabaría en la ruina. Se entiende entonces su esfuerzo por pensar los límites y los efectos de la crueldad y la mentira.

LA NECESIDAD

Tanto en *El Príncipe* como en *Del arte de la guerra* aparece la idea de necesidad. En este siglo fuertemente marcado por la devoción y la fe, en el que, apenas cinco años después de la publicación del *Príncipe*, Martín Lutero clavó sus 95 tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg desencadenando más de un siglo de guerras de religión, nuestro autor reconoce los límites de la libertad humana. Esta parece estar guiada a la vez por restricciones inesperadas –que abordamos al tratar el concepto de *Fortuna*– y por la necesidad impuesta por un estado de rivalidad y guerra permanentes que generan tanto las cuestiones dinásticas como las territoriales. Así lo resume Maquiavelo al referirse a Italia en dos extensos poemas (*Decenales*, 1506-1509). Contra las reglas de la lógica y contra las de la moral cristiana, el príncipe debe elegir responder a los imperativos de la situación. Maquiavelo empuja hacia esta dirección, tal como lo muestran las dos siguientes citas en las que la necesidad impone cierto comportamiento, aunque éste resulte estratégicamente estúpido o moralmente condenable. Ahora bien, el príncipe sólo debe actuar de ese modo cuando la necesidad se lo reclame:

“Se ha de señalar aquí que un príncipe debe guardarse de entablar una alianza con alguien más poderoso que él para atacar a otros, a no ser –como antes dijimos– que se vea forzado a ello [tenga necesidad de hacerlo].” (*Príncipe*, 1982, XXI, p. 110).

“No puede, por tanto un señor prudente –ni debe– guardar fidelidad a su palabra cuando tal fidelidad se vuelve en contra suya y han desaparecido los motivos que determinaron su promesa.” (*Príncipe*, 1982, XVIII, p. 91).

Creo que esto es debido al mal uso o al buen uso de la crueldad. Bien usadas se puede llamar aquellas crueldades (si del mal es lícito decir bien) que se hacen de una sola vez y de golpe, por la necesidad de asegurarse, y luego ya no se insiste más en ellas, sino que se convierten en la más útiles posible para los súbditos... Por todo ello el que ocupe un Estado debe tener en cuenta la necesidad de examinar todos los castigos que ha de llevar a cabo y realizarlos todos de una sola vez, para no tenerlos que renovar cada día y para poder –al no renovarlos– tranquilizar a los súbditos y gnárselos con favores (*Príncipe*, 1982, VIII, p. 62).

En definitiva, el exsecretario florentino utiliza la lógica del arquitecto o del ingeniero, esgrimiendo razonamientos de este tipo: si (la situación lo exige), entonces (use este medio). Aunque el medio, como el esquivo o el embuste, por ejemplo, contraríe la moral tradicional, deberá imponerse si la posición que ocupa el gobernante, en el marco de un enfrentamiento bélico lo pone en una posición de debilidad.

Ahora bien, cuando la necesidad de ser taimado o cruel ya no apremia, Maquiavelo deja de ser maquiavélico:

Un príncipe debe mostrar también su aprecio por el talento y honrar a los que sobresalen en alguna disciplina. Además, debe procurar a sus ciudadanos la posibilidad de ejercer tranquilamente sus profesiones, ya sea el comercio, la agricultura o cualquier otra actividad, sin que nadie tema incrementar sus posesiones por miedo a que le sean arrebatadas o abrir un negocio por miedo a los impuestos. (*Príncipe*, 1982, XXI, p. 111).

CONCLUSIÓN

Antonio Gramsci plantea que debemos considerar ciertas partes del *Príncipe* como un mito construido a partir de la imagen ideal del príncipe. Una imagen que concentra los diferentes rasgos que exploré en este texto: audacia, capacidad de analizar los acontecimientos y de preverlos, coraje y elástica constancia de la voluntad. Es este el príncipe al que sonríe la Fortuna, pues es impetuoso y sabe no solo asir las oportunidades, sino que, cuando es posible, busca crearlas. Y se atreve

a transgredir las normas establecidas, aunque meramente en caso de necesidad.

El príncipe se vuelve sociólogo en la medida en que comprende el espíritu de su tiempo, en que trata de pensar el flujo de la historia con herramientas alternativas a la mera creencia en la continuidad o a la ilusión del regreso al pasado. También lo es cuando sabe que dicho regreso a los orígenes se manifestará como una tentación, sin embargo, venciendo la tentación podrá mostrar sus capacidades innovadoras. El príncipe sabe promulgar leyes y hacerlas respetar. Comprender los deseos de su pueblo y sabe sopesar las exigencias de los grandes. Así como en el arte de la guerra trata de vaticinar las lógicas de sus enemigos, busca comprender los deseos de sus súbditos, logra hacerse amar por su pueblo o, en todo caso, no hacerse odiar. En definitiva, es el punto en el que se encuentran las diferentes dimensiones y temas evocados aquí, la personificación del conjunto de soluciones que Maquiavelo propone para que nazca la persona humana excepcional capaz de salvar a Italia. Se trata de soluciones basadas en un conocimiento sociológico profundo de los habitantes y sus costumbres, así como de las gravedades sociales y políticas de su tiempo. Y para cada uno de estos aspectos las soluciones pensadas surgen de una confrontación entre el mundo en el que vive nuestro autor y el de la República Romana; un parangón que traza un camino para sus lectores, incluso aquellos que afrontarán sus ideas, como Federico II de Prusia que, antes de subir al trono, escribe un *Anti-Maquiavelo* (Lefort 1972) para finalmente, una vez coronado rey, seguir sus pasos como el que más. Federico II engaña a todos, salvo a Clausewitz, que lo aprueba plenamente pues ve en esta postura un homenaje anticipado. Así lo plantea en una carta de 1809 a Fichte:

Ninguna lectura es más necesaria que la de Maquiavelo. Quienes afectan repulsión por sus principios no son sino patroncitos que se dan aires de humanistas. ... Algunas páginas de este escritor envejecieron, otras son verdades eternas. Federico II escribió un *Anti-Maquiavelo* pero siguió siendo su discípulo. Si fingió condenarlo fue para apegársele con mayor soltura. Lo dijo muy justamente Voltaire: el rey escupió sobre el florentino para asquear y alejar a los demás. (traducción de N. La Valle, *Fichte*, 1981)³.

3 La carta de Clausewitz se encuentra en el apéndice de Fichte 1981.

REFERENCIAS

- Aron, R. (1985). *Paz y guerra entre las Naciones* (2 tomos). Madrid: Alianza Universidad.
- Borón, A. (1979). "Maquiavelo y el infierno de los filósofos". *Fortuna y virtud en la República democrática. Ensayos sobre Maquiavelo*. Tomás Várnagy (comp.). Buenos Aires, CLACSO: pp. 167-177.
- Clausewitz, K. (1976). *De la guerre*. París: Éditions de Minuit.
- Damien, R. (2003). *Le Conseiller du Prince de Machiavel à nos jours*. París: PUF.
- Fèvbre, L. (1985). *Erasmus, la Contrarreforma y el espíritu moderno*. Barcelona: Orbis.
- Fichte, J. (1981). *Machiavel et autres récits philosophiques et politiques de 1806-1807*. Paris, Payot (la carta de Clausewitz se encuentra en el apéndice de dicha edición).
- Gérard-Varet, L.-A. y Passeron, J.-C. (1995). *Le modèle et l'enquête. Les usages du principe de rationalité dans les sciences sociales*. Paris: Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Gilbert, F. (1996). *Machiavel et Guichardin: politique et histoire à Florence au XVI^e siècle*. Paris, Seuil.
- Ginzburg, C. (2003). "Machiavelli, l'eccezione e la regola", *Quaderni Storici*, 112/1, pp. 195-214.
- Gramsci, A. (1972). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Lefort, C. (1972). *Le travail de l'œuvre de Machiavel*. París: Gallimard.
- Maquiavelo, N. (1892). *Obras históricas, Tomo II. Historia de Florencia*. Madrid: Librería de la Viuda de Hernando y Cía.
- _____. (1941). *El Príncipe*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- _____. (1982). *El Príncipe*. Madrid: Alianza Editorial (2ª edición).
- _____. (1987) [1531]. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza.
- _____. (1998). *Euvres*. París: Robert Laffont.
- _____. (2004). *Discours sur la première décade de Tite Live*, París, Eds. Gallimard.
- _____. (2006). *La vida de Castruccio Castracani*. Buenos Aires: Editorial Quadrata.
- _____. (2008). *Del arte de la guerra*. Madrid: Tecnos.
- _____. (2009). *Antología*. Barcelona: Península.
- Vivanti, C. (2008). *Niccolò Machiavelli. I tempi della politica*. Roma: Donzelli.
- Weber, M. (1988) [1922]. *La Ville*. París: Aubier.